

Emir y yo

Suzanne Jill Levine

Traducción Cecilia Molinari

En el otoño de 1968, el 680 de Park Avenue en Nueva York, sede del Centro de Relaciones Inter-Americanas –‘el Centro’, como lo llamábamos nosotros– estaba pletórico de eventos inaugurales y elegantes cócteles donde escritores famosos como Octavio Paz y grandes editores como Roger Straus –así como una multitud de traductores, poetas y críticos literarios– se saludaban y se reunían para promover a los escritores latinoamericanos en inglés. Este fue el año en que Gabriel García Márquez (popularmente conocido como ‘Gabo’) presentó el ‘realismo mágico’ al mundo con el debut editorial de la traducción de Gregory Rabassa de *Cien años de soledad*, que había sido auspiciada por el Centro. Fue a través del Centro y de una proyectada bibliografía en inglés que conocí a Emir Rodríguez Monegal.

Como estudiante de posgrado en Columbia, José Guillermo Castillo, el director del Programa de Literatura de CIAR (Centro de Relaciones Inter-Americanas), me designó para asistir en un proyecto académico que auspiciaría el Centro. La tarea, en pocas palabras, era colaborar con un trío de distinguidos profesores para producir una bibliografía completa, la primera, de las obras latinoamericanas críticas y de ficción publicadas en inglés. Los otros dos profesores en el comité de esta bibliografía eran nada menos que Rabassa y un profesor y crítico del *New York Times*, John Alexander Coleman, un extravagante irlandés-estadounidense que era un prodigio del jazz y la música clásica, así como un experto hispanista que enseñaba en el Departamento de Español y Portugués en la *New York University* (NYU). John había recibido su doctorado en Harvard y había estudiado también en España. Como Alfred MacAdam, un graduado de Princeton a quien más tarde conocería en New Haven, John hablaba un español increíblemente perfecto para un gringo; estos dos admirables jóvenes académicos eran igualmente versados en portugués.

El tiempo mostraría que John Coleman y Greg Rabassa, con tantas obligaciones universitarias, probablemente estaban más entusiasmados con el factor escape de esos almuerzos de ‘negocios’ que con la famosa Bibliografía. Nuestro restaurante chino favorito en aquel tiempo estaba a una cuadra del



Centro, en la 68 y Lexington, y José Guillermo era un anfitrión generoso. También era posible que, por mi apariencia de ingenua de un film de Godard de los 60, con flequillo y minifalda, mi presencia como la 'asistente' hacía estos almuerzos aún más atractivos para Greg y John. La compilación de obras críticas nunca se completaría, en parte porque no había suficientes fondos, pero también porque había sólo un compañero de equipo que se lo tomaba en serio, el recientemente nombrado profesor de Yale. Además de ser el miembro más motivado del comité, Emir Rodríguez Monegal era también el más escéptico, y les preguntaba a sus colegas, como si no le hubieran informado: "¿qué hace aquí esta jovencita?"

Emir era originalmente de Melo, una pequeña ciudad en la frontera entre Brasil y Uruguay, esa minúscula nación apretada entre Argentina y Brasil, pero su madre y él pronto se mudaron a la capital, Montevideo. Durante la juventud de Emir, desde las primeras décadas del siglo XX, a Uruguay lo llamaban 'la Suiza de América' por su reforma agraria, su progreso económico, sus programas de bienestar social, su alto índice de literacidad, y principalmente porque no era un país católico como la mayor parte de América del Sur.

Ávido lector y estudiante del Lycée Français de Montevideo, a la edad de 15 años Emir había encontrado la pasión literaria de su vida hojeando *El Hogar*, una revista femenina de cabecera de su madre. Allí descubrió y siguió una serie semanal de extraordinarias biografías en miniatura de los escritores más importantes del mundo, como Virginia Woolf y Faulkner. El autor de estas sorprendentes piezas en los años 30 era nada menos que un oscuro escritor argentino llamado Jorge Luis Borges.

Años más tarde, Emir sería el crítico más estrechamente asociado al llamado *Boom* latinoamericano –se rumoreaba que él había acuñado el término, aunque había otros candidatos– tal como Edmund 'Bunny' Wilson había sido el defensor crucial, con trabajos críticos seminales como *Axel's Castle*, de las grandes figuras literarias del modernismo anglosajón. A menudo conocido simplemente como Monegal – un nombre fonéticamente agradable de origen catalán que podría sonar en francés como 'mi igual' – Emir diseminaba conocimiento sobre escritores clave con sus biografías literarias, un género menos practicado en español que en inglés o francés, y escribió la primera biografía de Borges en inglés, publicada por la misma editorial que publicó la obra de Borges en los 70. 'Emir Rodríguez Monegal' tenía el dudoso honor de estar entre los amigos y conocidos de Borges que fueron transformados en ficción, como en la historia gauchesca titulada 'La otra muerte'.

...

La primera reunión para discutir la bibliografía latinoamericana, el día después de mi 22 cumpleaños, fue mi primera reunión de trabajo, aunque en 1963 había asistido a un almuerzo formal en el exclusivo Oak Room del

Hotel Plaza, en un tiempo cuando no se permitía a las mujeres comer en ese prestigioso recinto recubierto de paneles de roble. Este fue un gran evento para mí y mis compañeros de clase, que celebrábamos nuestra despedida como editores de ‘Overtone’, el periódico de nuestro liceo, y nuestra inminente graduación –por eso, en cierta forma, fue un anuncio de lo que luego vendría.

Al retornar de Colombia en agosto de 1968 a la Universidad de Columbia, esperaba con ansias el encuentro que organizaba José Guillermo Castillo, y lo consideraba un paso significativo en mi camino hacia la vida adulta. Ese domingo 22 de octubre de 1968, otoñal y soleado, emergí del subte y caminé enérgicamente en el aire fresco hacia la 6.^a avenida, donde José Guillermo había reservado una mesa en el piso más alto del edificio 666. Esta ubicación vertiginosa era un elegante restaurante chino de Szechuan.

Fui la primera en llegar, y no tuve que esperar mucho. Un caballero alto y de porte, con aspecto latino, paraguas en el brazo, formalmente vestido con traje oscuro y corbata sobria bajo su abrigo, entró enérgicamente y preguntó por nuestro grupo. Me miró mientras se quitaba el sobretodo, y sentí que era apropiado acercarme: “Debe ser Emir Rodríguez Monegal”. Sonrió, me dio la mano, y con esta presentación me sentí menos nerviosa. Monegal parecía tan señorial, casi de otro tiempo, en parte por su vestimenta y apariencia europea. Se lo podía imaginar en el papel de Emil Janning, el ‘Herr Professor’ en el primer film famoso de Marlene Dietrich realizado en Alemania, cuando el excéntrico profesor aparece por primera vez en el club nocturno ‘Blue Angel’ para proteger a sus estudiantes de la perversión y termina siendo seducido por la rubia cantante de cabaret. Con su traje oscuro, camisa blanca y corbata, con pelo negro intenso, rostro alargado con intensos ojos negros y espesas cejas oscuras, Emir también tenía el aire levemente siniestro del Drácula de Bela Lugosi. Ciertamente tenía un aspecto europeo (como muchos latinoamericanos) en contraste con el *look* informal estadounidense. La nota de ironía en su rostro, una especie de calma confianza, era parte de esta imagen.

Pronto aparecieron los demás: José Guillermo, su bonita esposa Ana María, y Greg Rabassa, quien con su tranquilo encanto y humor comenzó (creo) una de sus historias sobre Vermont apenas nos sentamos en torno de la amplia mesa redonda. El último en llegar fue John Alexander Coleman, a quien había visto una vez en la oficina de José, vestido con brillantes colores pastel – creo que una chaqueta celeste y una corbata muy amarilla, y posiblemente pantalones a cuadros. John siempre se vestía en su particular estilo excéntrico: ¿era un *look* estudiantil o descuidado? Entró con un histriónico saludo –“¡Maestro!”– a Emir, y luego a Greg, dándole la mano a todos. John y Emir ya se conocían, aunque esta, posiblemente, era la segunda o tercera vez que se encontraban en persona. El atuendo colorido y el saludo exuberante de John eran su marca registrada y parte de aquello que lo hacía querible o divertido para quienes lo apreciaban, aunque otros lo encontraran extraño.



No recuerdo cuánto hablamos –o si hablamos– del proyecto, pero los gustosos y bien condimentados platos y el amable servicio eran de primera, y los cócteles y el té chino fluían sin parar. La conversación era animada; anécdotas, los últimos chismes literarios o políticos volaban de uno lado al otro de la mesa, y yo en algún momento hice mi aporte, intentando no perderme las bromas en español.

Al terminar el almuerzo con sus galletitas de la suerte, Emir me dijo: “voy a encontrarme con algunos amigos, ven con nosotros”, y bajamos juntos en el ascensor. En el lobby principal, dos atractivas señoras saludaron a Emir. La de aspecto más estatuaria era una rubia de mediana edad que Emir, con orgullo, presentó como “la gran actriz uruguaya China Zorrilla”, quien de forma enérgica lo abrazó y me dedicó una cálida sonrisa, como también lo hizo Elizabeth Fonseca, la menuda y seductora esposa del artista uruguayo Gonzalo Fonseca. Los conduje hasta el cordón y se amontonaron dentro de un taxi que había llamado Emir y que se dirigía al centro, hacia una fiesta en la casa de Fonseca, en la calle 11. Sabiendo que yo también concurriría, Emir insistió en que me subiera al taxi apelotonado. Ignorando los refunfuños del taxista, aceleramos todos por la Quinta Avenida. Sabiendo que yo también concurriría, aceleramos todos por la Quinta Avenida. Muchos años después, leyendo un artículo sobre el escritor Martin Amis, me entero de que estaba casado con una tal Isabel Fonseca y, sin dudas, esta Isabel era la hija de Elizabeth y Gonzalo—qué pequeño el mundo.



Después del almuerzo en el 666, Emir y yo nos encontramos un par de veces en las semanas siguientes, mientras comenzamos a trabajar en la bibliografía en el Centro, lo que significaba hacer visitas frecuentes a la conveniente fotocopiadora del cuarto piso, al lado de un dispensador de agua. En estas ocasiones, lo noté notándome, usualmente vestida con mi ubicua minifalda de gamuza – una de mis pocas prendas de vestir en esos tiempos. Me gustaba verlo, como si ya fuera un amigo, y sentía, absurdamente por nuestra diferencia de edad, que me empezaba a sentir atraída por este exótico caballero. Venía a la ciudad los jueves desde New Haven donde aún era profesor visitante y estaba por ser nombrado catedrático del Departamento de Español y Portugués.

En uno de esos encuentros casuales, donde yo discutía con él mi tesis de Maestría sobre García Márquez –Emir había escrito y publicado en una revista uno de los primeros análisis esclarecedores sobre la novela, titulado “Novedad y anacronismos en *Cien años de soledad*” – nos citamos para almorzar nosotros dos solos. Él estaba por viajar a América Latina, pero estaría de regreso en alrededor de una semana. Yo me encontraría con Emir en el lobby del hotel donde se quedaba cuando estaba en la ciudad, el Biltmore Commodore, que en aquel tiempo estaba sobre la Grand Central Station, donde siempre llegaba directamente de New Haven.

Charlando y caminando desde el Biltmore en la calle 42, donde estábamos, nos encontramos en la calle 4 y la 6.^a avenida en el corazón del Village. Ordenamos –o al menos yo ordené– linguini con salsa de almejas, un detalle que recuerdo porque siempre ha sido un plato favorito, y vino, algo que ninguno de los dos solía tomar al mediodía. En nuestra conversación de ese día, cada uno habló de su vida y su historia familiar; él de su inminente divorcio de una mujer uruguaya de la alta sociedad llamada Magdalena. Ese proceso finalizó en 1970, y fue estresante para ambos, así como para los dos hijos de su primer matrimonio y especialmente para Alejandro, su hijo con Magdalena.

Emir y yo éramos a los ojos de todos como padre e hija, o, como Manuel decía eufemísticamente, una pareja “llamativa”. Emir había escuchado este divertido comentario de un amigo mutuo, que la primera impresión de Manuel fue que éramos “una pareja llamativa” –lo que también podría significar una pareja ‘rara’. “Llamativa” era básicamente un eufemismo sofisticado, típico de la madre de Puig y su generación. Cuando estuvimos en Buenos Aires en 1971, Emir y yo visitamos a Manuel en la casa de sus padres, y me di cuenta que ella era la fuente de esas voces locales que Manuel reproducía meticulosamente en sus novelas. La aventura de traducir sus escritos estaba en esos clichés y frases coloquiales argentinos que debían encontrar su tono en inglés. Escucharla hablar era tan extraño que a veces no podía contener una abrupta risita de reconocimiento, lo que sorprendía a Malé, que le preguntaba a Manuel, y este explicaba simplemente: “hablás como mi novela”.

La amistad de Manuel Puig con Emir se volvió más íntima cuando yo estaba viviendo con Emir, creo que, porque Manuel se sentía más cómodo con amigas, y por eso mi presencia le hacía más fácil tener una amistad más informal. Luego de la muerte de Emir en 1985, Manuel recordaba qué orgulloso Emir estaba de mí. Pero, del mismo modo, durante nuestros años juntos, Emir también me aconsejaba en ocasiones que no tenía la paciencia de una académica, que era buena en todo lo que me decidía hacer, pero “eres un poco distraída, querida”, me decía, lo que quería decir que era demasiado dispersa para dedicarle interminables horas a las minucias de la investigación. La crítica rigurosa puede ser más útil que los elogios ilimitados, porque creo que esas palabras de Emir me impulsaban a ir más allá, o al menos eso observaban mis amigos, mis contemporáneos, que ahora me ven como notablemente enfocada y productiva.

Emir era un lector eclécticamente erudito, pero también sabía más que nadie sobre cine y tenía una sensibilidad extraordinaria. Era un prodigioso crítico literario, con un rango enciclopédico de conocimiento sobre las artes y especialmente el cine, cuya primera reseña de un film a los 20 años, en 1941, fue sobre *El Ciudadano*. Del expresionismo a la nueva ola, de Lubitsch a Fritz Lang a Howard Hawks a Claude Chabrol a Alfred Hitchcock, Godard, Fellini, Rohmer y Truffaut, las películas eran nuestro refugio. Era una época rica



en películas ‘de autor’ y emergían nuevos directores todo el tiempo. El primer film que vimos con Emir en una sala en Manhattan fue *Skammen* (‘Vergüenza’) de Ingmar Bergman – ¡no precisamente una película ligera! Este lento film sueco en blanco y negro sobre Vietnam y el legado de la Segunda Guerra Mundial, y en última instancia sobre el efecto de la guerra en la relación de la pareja, músicos que vivían en una granja en una isla remota, protagonizada por Max von Sydow y la joven Liv Ullman, ciertamente nos llevó a una intensa conversación durante la cena.

Emir escribió su primer libro sobre Ingmar Bergman con su colega, el crítico de cine y periodista Homero Alsina Thevenet, un hombre petiso y movetizo que se parecía un poco a Charlie Chaplin y hacía imitaciones perfectas de Groucho Marx. Homero era parte de la fascinante fauna que conocería en aquel inolvidable viaje a Buenos Aires y Montevideo. Emir y yo hablábamos interminablemente sobre directores y actores, como el magnífico Max Von Sydow y aquellas icónicas mujeres de Bergman como Liv Ullman y Bibi Andersen. Uno de los muchos encuentros de Emir con divas legendarias incluía una anécdota sobre un estreno en una sala parisina donde descubrió que en el asiento de al lado estaba la sexy, exquisita Ingrid Thulin, otra estrella de Bergman, que había aparecido recientemente en *The Damned* (Los condenados). Este film extravagante y subversivo de Visconti trataba sobre la caída de una familia alemana durante el Tercer Reich; entre los actores de reparto estaban el andrógino Helmut Berger y Dirk Bogarde, ambos destilando una perversa seducción. Una vez más, la guerra y el amor se cruzaban en forma inquietante.



Más que nada, Emir y yo compartíamos el sentirnos huérfanos –él había perdido su país y en aquel tiempo, a punto de divorciarse otra vez, estaba distanciado, y no solo espacialmente, de su familia. Ambos sabíamos que, con nuestra diferencia de edad como pareja, teníamos por delante un camino espinoso. En nuestras cartas, cuando estábamos separados durante semanas por sus viajes por Europa o América del Sur, hablábamos de este camino difícil entre interjecciones de amor y pasión. En síntesis: yo estaba viendo un psiquiatra, pero Emir sentía que él también era parte de la cura. Me convenció y se convenció a sí mismo que yo necesitaba un hombre seguro y realizado como él para guiarme. En su condición de exiliado, desplazado a un nuevo entorno, claramente lo entusiasmaba renovar su vida con una mujer tan joven, y yo sentí, al menos por un tiempo, la felicidad de hacerme mujer, feliz y segura en la compañía de este hombre carismático.

El pasado de Emir tenía sus sombras. Cuando era muy joven, Emir había sufrido un colapso nervioso al descubrir, en 1940, a la edad de 19 años, que era hijo ilegítimo y que su padre era su padrastro. Su madre le pidió a su hermano que le contara toda la historia, y Emir atacó físicamente a su tío porque le dijo que su verdadero padre había sido baleado por su tío que lo dejó morir

solo, una agonía que duró dos días. La furia que debió haber sentido Emir contra el padre que abandonó a su madre, pero también contra su tío por asesinar al padre que nunca llegaría a conocer, debió haber sido devastadora. Me reveló esta historia en una de nuestras últimas conversaciones en 1985, en su lecho de muerte en el hospital. ¿Por qué no me lo contó antes? Sólo se me ocurrió que tal tragedia era también una profunda fuente de culpa o vergüenza, difícil de confesar a una amante o aún a amigos íntimos.

Para los lectores del mundo hispánico, Emir Monegal era, ya en los 60, un formidable hombre de letras, y para sus enemigos, en su mayoría académicos, un estorbo en el mundo literario latinoamericano, repentinamente enfocado en la revolución cubana, dividido entre escritores que apoyaban a Fidel Castro y otros que criticaban las políticas estalinistas de censura y las persecuciones que Fidel apoyaba e imponía.

Yo simpatizaba con la posición política de Emir, y a través del cristal de su perspectiva iba adquiriendo una visión escéptica de la vida académica mucho antes de integrar el colectivo de profesores. Anarquista por naturaleza y de corazón, como Borges, Emir se definía como un socialista liberal. Esta postura política significaba diferentes cosas en diferentes grupos: se lo acusaba de izquierdismo radical en Uruguay, especialmente cuando las dictaduras fascistas de derecha tomaron control de Uruguay y Argentina, así como de Chile, en los 70. Pero también se lo etiquetaba como enemigo derechista de la revolución cubana, porque su revista *Mundo Nuevo* competía con la cubana *Casa de las Américas* por el mismo público. En última instancia, ha quedado claro ahora que Emir era algo ingenuo en cuanto a la política, al igual que su némesis (formalmente su amigo de la infancia) Ángel Rama, el escritor Julio Cortázar, y aún el propio Ernesto Che Guevara.

El fuerte de Emir en su vida fueron su erudición y su agudeza crítica. Lector lúcido y creativo, siempre defendió la libertad de la imaginación del escritor. Podía ver cosas que otros no veían, como un *scanner* que revelaba sutiles capas en el arte de la narrativa. Estaba abierto a diversas perspectivas teóricas, pero más que nada tenía su propio sistema original de leer los laberintos de las mentes de los escritores. Emir era alguien en quien podía creer, un gran mentor que me ayudó y me apoyó en mis primeros proyectos académicos y en mi trayectoria como traductora.

Las mujeres se sentían atraídas por su personalidad dinámica y su encanto latino, pero no era de ningún modo un adonis. Su calidez y confianza me envolvían bajo lo que se sentía como el hechizo protector de sus ojos oscuros, inquisitivos, pero también compasivos. Había algo de 'Pigmalión' en nuestra historia, así como de *Hermana Carrie* de Dreiser. Tal vez aún de *La montaña mágica* de Thomas Mann, donde la vivaz pero enigmática Madame Chauchat, de quien el ingenuo Hans Castorp se enamora locamente porque sus pómulos altos evocaban una misteriosa compañera de clase eslava llamada



Hippe, con quien había estado obsesionado de niño. Madame Chauchat será una de las mentoras del joven Castorp en el arte de la vida, así como su adorado tormento. Comparando la vida real con novelas y films, para quienes estamos enamorados de los libros o las novelas, es una forma irresistible de dar un paso atrás y pensar en la verdad detrás de las apariencias, que es, después de todo, el tema dominante de las novelas de Manuel Puig que exploran la Emma Bovary de Villegas, un pueblo de la Argentina rural, mujeres que suelen ver sus vidas como una película para no tener que enfrentar las crudas verdades de su existencia reprimida.

Mientras comenzaba a abrir un camino propio en el mundo literario de los poetas, editores y académicos neoyorkinos, Emir facilitó mi entrada a ese mundo presentándome a los escritores contemporáneos que admiraba, particularmente Cabrera Infante y Manuel Puig. Conocer a Manuel Puig a fines de 1969 me abrió las puertas al editor en jefe Jack Macrae de E. P. Dutton (quien también estaba publicando a Borges en nuevas traducciones), y del mismo modo Cabrera Infante me presentó a otro prestigioso editor de aquel momento, Cass Canfield Jr., editor en jefe de Harper & Row, que luego se transformó en la mayor y más comercial editorial Harper Collins.

Como los hijos de otros famosos editores que he conocido, Cass Jr. tenía su lado pasivo, y publicó *Cien años de soledad* gracias a su vibrante esposa italiana Gabriella, que tenía una sabia consejera, una argentina del círculo cercano de Borges, una confidente con un agudo olfato literario, Pipina Prieto. Me enteré de esta historia cuando me mudé a Santa Barbara y por casualidad me hice amiga de Pipina (que se había cambiado el nombre a Allegra luego de la muerte de su segundo marido, el compositor de música electrónica Peter Lewis, tío de la actriz Juliette Lewis).

El instinto crítico de Emir era una antorcha que iluminaba mi camino en mis primeras traducciones a comienzos de los 70 de dos excepcionales escritores cubanos en el exilio, uno homosexual y el otro no, Severo Sarduy y Guillermo Cabrera Infante, y también dos extraordinarios argentinos, uno homosexual y el otro no, Manuel Puig y Adolfo Bioy Casares. En otro lugar he escrito largamente sobre estos escritores y su importancia, estos cuatro escritores provenientes de La Habana y Buenos Aires, ciudades que resonaban con el espíritu cosmopolita que reinaba en Nueva York.

La vida literaria de Emir nos llevó a viajar durante los años que estuvimos juntos – no solo a Caracas, Rio de Janeiro, y Buenos Aires sino también a París y Londres varias veces, donde visitamos todo tipo de museos y asistimos a conciertos y especialmente al fabuloso teatro de Londres, donde vimos, hechizados, a Laurence Olivier, Joan Plowright, Rachel Roberts y Albert Finney, John Gielgud, Ralph Richardson, Alec Guinness, para nombrar sólo algunos de aquellos grandes actores británicos. Pasamos momentos increíbles, especialmente en Francia, donde nuestros días juntos se mezclaban con las

vidas de escritores exiliados y/o cosmopolitas como Severo Sarduy, Edgardo Cozarinsky, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Guillermo Cabrera Infante, y muchos otros, ahora casi todos ellos habitantes del pasado, como Emir.

Con Emir, tanto en Nueva York como en New Haven o en nuestros viajes, estuve inmersa en un mundo privilegiado, predominantemente latinoamericano, pero también norteamericano y europeo, un mundo de escritores, académicos y artistas; en suma, el mundo de la alta cultura. Algunas de las personas que conocí se volvieron amigos de toda la vida. Como era una neoyorkina educada y con ambiciones creativas, yo ya pertenecía de alguna forma a ese mundo, al menos marginalmente, y por eso la inmersión llegó naturalmente, como en el tiempo que pasamos en Caracas.

En el verano de 1969 Emir había sido invitado a una gran conferencia en Caracas, Venezuela. Lo que más recuerdo de aquel enorme encuentro es su aire de bacanal dispersa, interminables fiestas en una ciudad latinoamericana descentrada y en expansión que parecía, con sus largas avenidas de automóviles veloces y su aire poluto, una versión tercermundista de Los Ángeles (que es ahora en sí misma una versión del tercer mundo) donde la única forma posible de moverse era en un vehículo conducido por un chofer, a aquellas recepciones en embajadas o mansiones en lujosos barrios residenciales donde mezclaban los académicos latinoamericanos y las celebridades, y donde fluía el whisky escocés. Aun cuando uno no hubiera terminado de beber, el camarero – seguramente también algo entonado – le extraía el vaso de la mano a la fuerza y lo reemplazaba también a la fuerza con un nuevo *whisky* con hielo.

De cualquier forma, antes de nuestra siguiente escala en el sur, el punto más alto de la visita venezolana fue la invitación, un mediodía (es decir, a las tres de la tarde), a un elaborado banquete en honor del gran Pablo, en la contemporánea e impresionante mansión de varios pisos del novelista Miguel Otero Silva, que no sólo era rico sino también miembro del Partido Comunista, así como un amigo generoso y justo con los académicos, más allá de la política. Antes de que comenzara oficialmente la fiesta, recorrimos los jardines y admiramos la gran escultura de Henry Moore de una mujer desnuda reclinada en uno de los muchos niveles *moderne* del jardín; en mi ingenuidad, me sentí casi en shock de que una obra de un artista contemporáneo de tal importancia fuera propiedad privada de alguien. O sea, conocía a los Medici y los patrocinadores de las artes, pero esta era la primera vez que veía una gran escultura moderna como posesión personal. Fue entonces que aprendí de Emir los términos “champagne Communist” y “armchair Marxist”.

En el verano de 1973, antes de volver sola a Francia, viajé con Emir a México por primera vez y, como la de Londres, fue otro maravilloso descubrimiento, desde las impresionantes ruinas de Teotihuacán y Chichen-Itzá a los cuatro siglos de arte y cultura y al vital presente de la vida literaria y artística



de la ciudad de México. Luego de mudarme a California, regresaría a lo que se volvió mi propio mundo literario y académico en México a partir de los 90. Un famoso coleccionista de piezas arqueológicas que conocimos con Emir en 1973, cuyo nombre no recuerdo, nos dio un maravilloso regalo, una escultura antigua de una perra que había sido enterrada con su amo. Años más tarde, cuando Emir y yo nos separamos, la inmortal compañera quedó con Emir y creo que fue a dar o bien a sus hijos o a su esposa Selma, una brasileña con quien se casó poco antes de morir. Me hubiera gustado conservar este recuerdo canino, pero así es la vida.

De nuestra visita mexicana, recuerdo a brillantes escritores que ya no están con nosotros, como el poeta José Emilio Pacheco y Gustavo Sáinz, que entonces era un interesante novelista joven y un gran fanático del cine. Gustavo tenía la piel oscura y ojos tristes, pero también un picante sentido del humor, y tenía una impresionante biblioteca de films en su moderno y despejado apartamento en la ciudad de México. Él y su esposa de aquel momento, Rosa, aún más joven que él, eran anfitriones maravillosos. ¡Gustavo insistió en llevarnos de excursión para enseñarme a andar en motocicleta! Sus novelas eran ‘hip’ y ‘pop’ y *Gazapo* era un excelente y humorístico retrato del México contemporáneo, así como también lo fue su siguiente novela, *La princesa del Palacio de Hierro*; yo traduje un capítulo de esta última para la revista *Fiction* (CUNY) y en su revista “Bellas Artes” él publicó un capítulo de una novela que nunca escribí titulada *Papa’s Funeral*, basada en un incidente de la infancia de Evita Perón. La última vez que vi a Gustavo fue hace alrededor de doce años en la Universidad de Indiana, donde enseñaba luego de irse de México; algo más tarde escuché que tenía la enfermedad de Parkinson, o alguna forma de demencia. Falleció en 2015.

Pero volviendo a junio de 1973 en México, luego de una noche en que cenamos con Octavio Paz y otros en Bellinghaus, un clásico restaurante alemán en la Zona Rosa, Octavio y Marie Jo, su vivaz esposa francesa nacida en Córcega, nos invitaron a tomar una copa en su departamento de la calle Río Lerma. Octavio y Marie Jo se habían conocido y casado en 1965 en Nueva Delhi, India, donde él era entonces el embajador mexicano. Su magnífico último departamento en el Paseo de la Reforma, lleno de valiosísimas piezas de arte y libros y tantos tesoros, se destruiría en un incendio pocos años antes de su muerte en 1998. Los amigos de Emir, en el vibrante núcleo de la ciudad de México, eran por supuesto Octavio, así como Carlos Fuentes y otros escritores, poetas, artistas y cineastas. Nuestra visita más divertida fue a José Luis Cuevas, vecino de Luis Buñuel en San Angel Inn, un barrio de moda. Cuevas era tan loco como atractivo, y la conversación solía centrarse en las peleas que él y Buñuel tenían con el arquitecto que compartían, el esposo de la poeta Ulalume González de León. Ulalume provenía de una familia uruguaya de poetas – como sugiere su nombre, inspirado en Poe– y estaba muy orgullosa

de ser la esposa del arquitecto mexicano aún cuando los techos de las casas que construyó para Buñuel y Cuevas tenían goteras.

Años más tarde, cuando estaba por mudarme a Cambridge, Massachusetts, Emir y yo ya no éramos compañeros domésticos sino familia, al menos para mí, siempre. También llegué a conocer a sus dos hijos mayores, Georgina y Joaquín, especialmente a Joaquín, un psiquiatra con quien, luego de la muerte de Emir, tendría charlas compasivas y esclarecedoras sobre su padre. Emir y yo nos mantuvimos en estrecho contacto durante mis años en Boston, y en algún momento, con su amigo el poeta brasileño Haroldo de Campos, visitamos al famoso teórico ruso Roman Jakobson, para entonces muy anciano, pero aun sorprendentemente lúcido. Haroldo era el James Joyce brasileño, y juntos traducimos una de sus intraducibles *Galaxias*, 50 poemas en prosa, muy divertido como proyecto creativo, e hicimos lecturas bilingües en varias universidades para delicia de todos.

Durante nuestros años juntos, sin embargo, como decía antes, Emir a veces me advertía que era “un poco dispersa”. Más tarde, luego de su muerte, me preguntaba si el notar mi tendencia a la dispersión, aunque de cierta forma era verdad, no sería también una proyección de su propia autocrítica. Después de todo, entre sus rivalidades literarias y académicas, había sido menospreciado como superficial, como un mero ‘periodista,’ por el respetado académico uruguayo Ángel Rama, que se volvió el archienemigo de Emir. Rama era un crítico literario marxista/sociológico, mientras que el enfoque temprano de Emir era el *New Criticism*, que promueve la autonomía e individualidad del arte –el texto tiene reglas, una vida propia– pero sus enfoques críticos evolucionaron y cambiaron a medida que se desarrollaban nuevas teorías, lo cual me impresionaba, y también estaba de acuerdo con su sentimiento de que los estudiosos a menudo eran (y seguramente aún son) académicos insufribles que pensaban que a menos que alguien escribiera en una jerga seca e ilegible no era ‘serio’.

¿Tal vez Emir, en lo más profundo, donde no incursionó, deseaba ser un escritor de ficción? Él decía que no, que más que nada, era un voraz lector. Un crítico literario no es necesariamente un académico en un sentido estricto, así como un académico no siempre puede considerarse un crítico. Emir tenía un puente entre ambos mundos, al igual que el famoso crítico y escritor Edmund Wilson, cuya obra crítica de los años 60 influyó en el mundo literario anglonorteamericano y por supuesto en los departamentos de Literatura Inglesa. Bunny Wilson también era un escritor creativo, y las varias biografías de Emir sobre grandes escritores, especialmente el primer volumen de sus memorias (el único que completó), editado luego de su muerte, prueban que no era solo un crítico importante, sino que también tenía la voz de un talentoso narrador.



En cualquier caso, la Guerra Fría trazó una línea que era imposible ignorar, y si uno era en lo más mínimo crítico de Castro, era considerado de derecha. Este fue el principio del fin del diálogo, una censura insidiosa que continúa degradando el nivel del discurso público a profundidades absurdas en el problemático mundo actual. Emir murió en 1985, en un momento en que la Guerra Fría – que todos creíamos estar terminando junto con las perversas campañas sucias—estaba meramente cambiando sus formas, no solo en la academia sino también en la geopolítica global.

Emir murió de cáncer de colon en noviembre de 1985, muy rápidamente luego de los primeros síntomas, en febrero de ese año. Yo me había mudado recientemente al otro lado del país, a la Universidad de Washington en Seattle, y acababa de organizar a comienzos de ese febrero una invitación para traer a Emir a dar una conferencia. La llamada para decirme que estaba demasiado enfermo para viajar porque habían descubierto este cáncer fue alarmante, un verdadero shock. Fue devastador para todos los que lo querían, estudiantes y colegas de Yale, amigos de todas partes, en los Estados Unidos, en Europa, y por supuesto, en América del Sur. Para mí, el trauma de la muerte de mi madre resurgió con todos los sentimientos de pérdida y abandono que lo acompañaban, que sentiría con renovada intensidad cuando Emir estaba muriendo. Nuestra separación, por 1975, había sido muy dolorosa, tanto que había sucedido en etapas a lo largo de tres o cuatro años, con mucha tristeza durante ese tiempo. En nuestra última conversación, le dije “no te puedes ir, tú eres mi centro”, a lo que respondió con una voz debilitada pero afectuosa “tú eres el centro de tu propia vida”, tratando de consolarme cuando era él que se estaba muriendo.



Como mi padre y mi madre, Emir no llegó a ver mis logros de los años siguientes, a medida que me realizaba, con proyectos inspirados por su influencia, libros que lo habrían enorgullecido, como mi biografía literaria de Manuel Puig o los cinco volúmenes de la serie de clásicos de Penguin de la poesía de Borges, o la serie de no-ficción de la que fui Editora General. Enfermo de muerte, Emir realizó un último viaje a Uruguay con su compañera Selma, con quien se casó en ese último mes para asegurar su futuro y el de sus hijos. La cariñosa y entusiasta recepción que recibió en Montevideo fue extremadamente importante para él, una reconciliación con su país, con la familia que le quedaba, y por supuesto con algunos queridos y viejos amigos. Lamenté no haber podido acompañarlos en ese viaje final, ver la tan ansiada reunión de Emir con los suyos, y volver a ver a alguno de sus amigos por quienes yo también tenía un gran afecto.